

A photograph of Pedro Cateriano, a man with a grey beard and glasses, wearing a dark blue pinstripe suit and a dark tie. He is speaking at a podium with a microphone. The background is blurred, showing what appears to be a legislative chamber with wooden benches.

PEDRO CATERIANO

SIN ANESTESIA

Una década de lucha
por la democracia

PEDRO CATERIANO

***SIN
ANESTESIA***

**Una década de lucha
por la democracia**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

SIN ANESTESIA

Una década de lucha por la democracia

© 2021, Pedro Cateriano

Foto de portada: Alberto Orbegoso

Corrección de estilo y elaboración del índice onomástico: Jorge Coaguila

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello: Planeta

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2021

Tiraje: 2500 ejemplares

ISBN: 978-612-319-603-5

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100004

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-00113

Impreso en Industria Gráfica Cimagraf SAC

Pasaje Santa Rosa 140, Ate-Vitarte. Lima 3, Perú

Lima – Perú, febrero 2021

*A Pablo Alberto, Patricio Andrés, Chiara, Mateo Alonso,
Marcelo Ignacio y Diego Ignacio, parte del futuro.*

*A quienes colaboraron con solidaria y cívica entrega en mis
gestiones ministeriales.*

ÍNDICE

Presentación. Mario Vargas Llosa | **11**

Capítulo 1. Volver | **13**

Capítulo 2. Cuestión de confianza | **31**

Capítulo 3. Batalla por las compras militares | **43**

Capítulo 4. Luz verde o audios ilícitos | **85**

Capítulo 5. El proceso de La Haya | **97**

Capítulo 6. Gimnasia parlamentaria | **121**

Capítulo 7. Velasco y Chávez | **139**

Capítulo 8. Otra vez Chile | **151**

Capítulo 9. Cultura democrática | **163**

Capítulo 10. Gabinetes | **171**

Capítulo 11. El valor del reconocimiento | **201**

Capítulo 12. La estrategia del diálogo | **213**

Capítulo 13. El reto de la PCM | **243**

Capítulo 14. Recta final | **283**

Capítulo 15. Tarda, pero llega | **301**

Capítulo 16. Lo impensado | **371**

Agradecimientos | **427**

Fotografías | **429**

Índice onomástico | **447**

«Quienes únicamente se solazan con el pasado ignoran que el Perú, el verdadero Perú, es todavía un problema. Quienes caen en la amargura, en el pesimismo, en el desencanto, ignoran que el Perú es aún una posibilidad. Problema es, en efecto y por desgracia, el Perú; pero también felizmente, posibilidad».

JORGE BASADRE, *Perú: problema y posibilidad* (1931).

PRESENTACIÓN

En este interesante libro, el ex primer ministro, abogado, profesor universitario y constitucionalista relata su paso por el poder político, y lo hace con una sinceridad, precisión y consecuencia que no tiene precedentes en la política peruana. De manera clara y objetiva se muestran las grandes carencias del Perú; y, también, las pequeñeces y mediocridades que suelen ser la contribución de muchos parlamentarios, ministros y funcionarios a esa lucha contra el subdesarrollo en que está empeñado nuestro país. Pero aquellas deficiencias están felizmente compensadas por la generosidad, honradez y dedicación de los mejores a la tarea de sacar al Perú del subdesarrollo y convertirlo en una sociedad justa y moderna. Este es un libro que se lee con la misma pasión con que ha sido escrito.

MARIO VARGAS LLOSA

CAPÍTULO 1

VOLVER

CAMINO A LA UNIVERSIDAD DE LIMA, a finales de 2011, recibí una llamada. «El ministro Jiménez desea conversar con usted», me dijo la secretaria. Como estaba manejando, preferí que nos comunicara una vez que hubiera llegado a mi oficina. Pero quedé intrigado. ¿Qué podría querer el ministro? Desde hacía unos años trabajaba como director de Asuntos Internacionales de la universidad, además de dictar los cursos de Derecho Constitucional y Cultura Política. ¿Tendría algo que ver con eso?

Cuando fue nombrado Juan Jiménez ministro de Justicia, lo llamé para felicitarlo. Tenía la mejor impresión de él y me alegró mucho la noticia. Un buen ministro de Justicia no solo debía ser un conocedor del Derecho, sino también, sobre todo, una persona honesta, y él cumplía con ambas cualidades.

Lo había conocido durante el proceso de extradición al exdictador Alberto Fujimori, en el último año del gobierno de Alejandro Toledo, cuando yo integraba la comisión consultiva del Ministerio de Justicia y la cartera estaba en manos de Alejandro Tudela Chopitea. Eran días muy intensos porque el caso había cobrado un giro inesperado: se estaba trabajando la extradición con Japón, cuando, súbitamente, Fujimori apareció en Chile. Recuerdo que

ocurrió un domingo y que recibí la llamada de Juan Carlos Tafur, entonces director del diario *Correo*: «Fujimori está entrando a Santiago, Pedro». Y Javier Valle Riestra, locuaz y reconocido abogado aprista, lanzó públicamente un pronóstico que favorecía al prófugo y ponía en aprietos al gobierno democrático. «No van a poder cumplir el plazo de diez días para armar los cuadernillos de extradición», aseguró. Entonces, Diana Álvarez Calderón, secretaria general del Ministerio de Justicia y a quien conocía desde que Mario Vargas Llosa fundara el Movimiento Libertad, me convocó:

—Situación de emergencia, Pedro. ¿Qué hacemos? He querido contratar a un abogado y me cobra 800 mil dólares.

—¿800 mil?

El candidato era un prestigioso abogado civilista, un experto en derechos reales y no precisamente en extradiciones ni en materia penal.

—Como es una figura importante, el ministro ha pensado en él —me explicó.

Pero más que nombres reputados se necesitaban expertos que conocieran el caso de Fujimori, sobre todo, cuando quedaba poco tiempo para trabajar.

—Quiero invitar también a Juan Jiménez —añadió Diana.

Fue así como llegó Jiménez. Teníamos en común el haber sido viceministros de Justicia: él con Diego García-Sayán durante el gobierno de transición, y yo con Fernando Olivera, a inicios de la administración de Toledo. Por tanto, conocíamos bien el caso y podíamos hacer el trabajo. Más adelante, en la segunda gestión de García, volvimos a coincidir profesionalmente. Fue en Guatemala, adonde viajé durante cuatro meses para integrar la comisión de observación de las elecciones presidenciales de ese país. Juan Jiménez era entonces el brazo derecho de Diego García-Sayán, presidente de la misión de la Organización de Estados Americanos (OEA), que aquella vez tuvo el gesto de convocarme, pues ese inicio de la administración del APRA, desde el punto de vista profesional, se presentó especialmente difícil para mí. En menos de dos

meses perdí cinco de mis principales clientes. Dejaron de contratarme por el hecho de ser un notorio adversario del nuevo presidente y uno de quienes lo había investigado desde el Parlamento¹. Inclusive, el propio Jorge del Castillo, entonces presidente del Consejo de Ministros, intervino personalmente para que nos quitaran una de las asesorías legales que tenía con Enrique Gherzi, mi exsocio y antiguo compañero de aventuras políticas en el Movimiento Libertad. Esa explicación nos la dio Antonio Calleja, uno de los principales ejecutivos de la Red Eléctrica del Sur S. A., empresa de capitales españoles, cuando nos comunicó la decisión de dar por finalizados los servicios que veníamos prestando desde hacía ocho años.

¿Implicaría esta llamada del ministro de Justicia un nuevo encuentro profesional o se trataba de una simple comunicación amical? No hubo tiempo para más conjeturas. Como si hubiera estado cronometrado, la secretaria volvió a llamar ni bien entré en mi oficina del edificio central de la Universidad de Lima. Bonachón y bromista, Juan entró en el tema sin mayores preámbulos ni formalismos:

—Oye, llamaba para que, por si acaso, estés preparado. He presentado al presidente de la República [Ollanta Humala] una terna de candidatos para ser agente del Estado peruano ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos por el caso Chavín de Huántar y te he incluido a ti.

—¡Qué cosa! —atiné a exclamar.

—Ya conversaremos. No te puedo decir nada más por teléfono —añadió con cierta prisa.

—Oye, Juan, pero esas cosas se consultan antes —insistí.

—Bueno, ya veremos qué pasa. Solo te lo quería advertir.

1 En 1994, publiqué *El caso García*, libro que narra y documenta el trabajo y las peripecias de la comisión investigadora de la Cámara de Diputados (1990-1992) para indagar sobre el presunto enriquecimiento ilícito del expresidente Alan García durante su primer gobierno. El libro lo reeditó Editorial Planeta en 2017, como parte de la colección Memoria Perú. Hasta este momento ha tenido tres reimpresiones y una edición de bolsillo.

¿Volver a la política después de casi diez años? Esa fue la primera pregunta que me hice ni bien colgué el teléfono. Tenía plena conciencia de lo complejo de la coyuntura y del caso y de que, de asumir la defensa, todo sería cuesta arriba. Más aún si el abogado César Azabache, una vez nombrado agente, había declarado públicamente que existía responsabilidad del Estado peruano en el caso Chavín de Huántar. Pero no quise adelantarme. Quedaba un paso previo: el presidente Humala tenía que elegir a uno de los tres candidatos. Solo sabía que yo era uno de ellos y que antes había habido una primera terna que no lo satisfizo plenamente.

DOS ENCUENTROS

A Ollanta Humala lo había tratado en un par de oportunidades. La primera, cuando me desempeñaba como asesor de la Defensoría del Pueblo, en 2006, durante la gestión de Beatriz Merino². En ese entonces, tenía buena relación con Beatriz, incluso le había dado la idea de postular a la Defensoría. Una vez nombrada, me convocó a mí y al embajador Harold Forsyth, a quien los apristas habían hostigado en la Cancillería. Fue precisamente Forsyth quien le recomendó conversar con Ollanta Humala, en su condición de líder de la oposición. Beatriz, quien se caracteriza por darle mil vueltas a cada asunto antes de tomar una decisión, quiso conocer primero mi opinión. «Pienso igual —dije—, debes conocer al líder de la oposición». Así que se organizó una cena en la casa de Diana Álvarez Calderón, a la que asistimos Ollanta Humala, Nadine

2 Asustada por la reelección de Alan García, la entonces defensora del Pueblo, Beatriz Merino, me mandó a decir que había hecho mal en hablar en nombre de la institución en el desaparecido programa de televisión *La hora N*, conducido por Jaime de Althaus. El pretexto era mentiroso. La entrevista fue en torno al tema de obras por impuestos. Renuncié en el acto a mi rol de asesor. Sí, la temerosa funcionaria era la misma persona que, cuando fue senadora e integró la comisión acusadora de esa cámara, imputó de enriquecimiento ilícito a García.

Heredia, Salomón Lerner Ghitis, Beatriz Merino, Harold Forsyth y yo.

Humala tenía la ambición de ser presidente de la República y una postura muy radical, cercana al chavismo, no la de centroizquierda que años después caracterizaría su gestión. Su esposa, Nadine, me pareció agradable y políticamente muy despierta. Cuando se retiraron, le comenté a Diana: «Lo veo muy pegado a la izquierda, pero el día que vaya más hacia el centro, tendrá posibilidades de ganar».

No volvería a tratar con él hasta después de la segunda vuelta electoral de 2011. Fue en una comida en la casa de Diana Álvarez Calderón, previa al cambio de mando, en la que también estuvieron presentes Mario Vargas Llosa, Patricia Llosa, su hijo Álvaro y Fernando Carvallo. El encuentro resultó mucho más afable que el anterior, sobre todo porque Mario se había jugado por él en el tramo final de la campaña. Había logrado persuadirlo de que se comprometiera públicamente a cumplir con una hoja de ruta respetuosa del orden constitucional, dejando de lado el extremista plan llamado «La gran transformación» que había enarbolado en la campaña de la primera vuelta, lo que fue determinante para su triunfo en segunda vuelta sobre Keiko Fujimori. En un momento de la reunión tocamos el tema de la deuda de Telefónica con el Estado peruano y la renovación del contrato, una papa caliente que, para variar, Alan García dejaba como presente griego a su sucesor. En este punto, di una opinión jurídica que Humala escuchó atentamente. Diría que fue el tema en el que me prestó mayor atención, incluso me formuló algunas preguntas. Pero eso fue todo. No lo volví a ver.

Por aquellas semanas previas al inicio del nuevo gobierno, se voceó a Beatriz Merino como presidenta del Consejo de Ministros y se dijo también que se me había propuesto como ministro de Justicia, pero sabía que esos chismes políticos no merecían el menor crédito. En otras ocasiones me habían mencionado también para el mismo cargo y no se había cristalizado. Durante el gobierno

de transición, en el año 2000, por ejemplo, Fernando Olivera le había sugerido al presidente Valentín Paniagua que me nombrara, pero el ilustre embajador Javier Pérez de Cuéllar, quien asumiría la Presidencia del Consejo de Ministros (PCM), dijo no conocerme y optó por Diego García-Sayán, que sí era de su confianza. Olivera, dicho sea de paso, se enfureció porque a cambio le habían ofrecido que alguien de su agrupación ocupara el Ministerio de la Mujer, pues él consideraba que era una cartera con menos peso político. A mí me pareció un error de su parte, y así se lo hice saber. Incluso le sugerí que evaluara la posibilidad de proponer a Diana Álvarez Calderón.

Cosas del destino, años después, durante el gobierno de Toledo, cuando Beatriz Merino me propuso como ministro de Justicia, el presidente aceptó nombrarme, pero Olivera me vetó. No estábamos distanciados, aunque, sin duda, no había asimilado dos hechos recientes: 1) que, siendo su viceministro de Justicia, había renunciado por mi desacuerdo con la forma en que el gobierno encaró la crisis producida a raíz de la violenta protesta de los arequipeños contra el anuncio de privatización de la empresa de generación eléctrica Egasa, y 2) que en una posterior ocasión no había aceptado ser ministro porque la condición que pretendieron imponerme era imposible de cumplir para mí: inscribirme en su partido, el Frente Independiente Moralizador³.

De modo que, *ad portas* del gobierno de Ollanta Humala, mis reservas frente a los rumores de una nueva oferta ministerial resultaron acertadas. Beatriz Merino no fue nombrada jefa del gabinete, sino Salomón Lerner Ghitis, y Francisco Eguiguren, quien había apoyado a Humala desde la campaña, asumió el Ministerio de Justicia.

3 A su secretario general, Gonzalo Carriquiry, le respondí que, para ser nombrado viceministro de Justicia, no me exigieron la inscripción y que por lo tanto, en este caso, no estaba de acuerdo con el pedido de su partido.

LLAMADA DEFINITIVA

Esta vez tampoco hubo mucho tiempo para imaginar escenarios, si acaso era elegido agente ante la Corte Interamericana. Una hora después, recibí la segunda llamada de Juan Jiménez. «Ya tuve la reunión con el presidente. Por favor, vente a mi despacho», me pidió.

No había pisado el Ministerio de Justicia durante todo el segundo gobierno aprista. Incluso, había sido perseguido por la procuraduría *ad hoc* que formó García para investigar a Toledo, al punto que terminé como testigo en una investigación sobre el viaje a China de una exfuncionaria del ministerio de Justicia, Mariela Pinto⁴, quien había integrado una delegación oficial invitada por el entonces canciller Diego García-Sayán, y otros asuntos vinculados a su función. De modo que se trataba del regreso a un antiguo centro de trabajo. Al llegar, noté que los apristas habían cambiado totalmente el local. Ahora había oficinas por todos lados; hasta los pasillos estaban divididos por tabiques. Evidentemente, tugurizar fue la manera de inventar espacio de donde sea para albergar a los innumerables compañeros destinados a copar la administración pública.

Las agendas ministeriales, lo sabía bastante bien, casi no admiten distracciones, así que Jiménez fue directo al punto: «Ha aceptado el presidente. Le propuse otros nombres, pero inmediatamente me dijo que quería que tú tomaras la defensa del Estado. Así que vamos a Palacio». Pero yo le expliqué que no era tan fácil desde la posición en que me encontraba, que le dedicaba bastante tiempo a la Universidad de Lima y que lo apropiado era hablar primero con la rectora, Ilse Wisotzki. Así que en el camino de regreso surgieron nuevas conjeturas. Además del cargo y la cátedra en la universidad, realizaba consultorías jurídicas, y este nuevo trabajo implicaría una dedicación mayor. ¿Podría hacerlo todo a la vez? Afortunadamente, la rectora vio con muy buenos ojos la

4 Luego Mariela Pinto entablaría una amistad cercana con Alan García.

convocatoria. «El caso Chavín de Huántar merece una buena defensa y yo creo que usted es la persona indicada», me dijo. Así que acepté. Lo bueno fue que la universidad me brindó todas las facilidades; lo difícil, que debía multiplicar las horas de trabajo.

Con la misma intensidad con que los cambios habían empezado a producirse, ese mismo día por la tarde me recibió en Palacio el presidente Humala. Se trató, en realidad, de una reunión muy breve en la que, básicamente, me agradeció por haber aceptado el trabajo y me hizo saber sus buenos augurios para la gestión que habría de realizar. Conociendo la precariedad de recursos que suelen tener las defensas del Estado, les pedí apoyo al presidente y al ministro de Justicia para contar con un adecuado soporte profesional y logístico. Por supuesto, mi designación generó algunas críticas, sobre todo entre mis rivales políticos. En ese momento, es justo reconocerlo, Óscar Valdés, presidente del Consejo de Ministros, defendió sin ambages la decisión presidencial. Se lo agradecí personalmente.

LA BALA ENCONTRADA

Tal como lo había sospechado, empecé la defensa con viento en contra. Pero, poco a poco, fui revirtiendo la situación. Para ello, conté con dos hábiles colaboradores de confianza: Alberto Villanueva Eslava y Joaquín Missiego del Solar. Gracias a su apoyo, al minucioso examen de todas las pruebas y peritajes, y a la diligencia que tuve con el embajador Morihisa Aoki en Japón, constaté que no se habían impartido órdenes de ejecuciones extrajudiciales. Condición sin duda necesaria para organizar una defensa importante. Además, la relación que mantuve con Juan Jiménez siempre fue armónica y tuve toda la libertad para desarrollar mi labor.

Todo se desenvolvía con normalidad hasta que, un buen día, Juan me llamó a su despacho, advirtiéndome de que se trataba de algo reservado:

—Mira, Pedro, van a haber cambios en el gabinete y el presidente me ha ofrecido ser el nuevo presidente del Consejo de Ministros —me confió.

Lo felicité y le deseé suerte. De hecho, se trataba de un reto muy importante en su carrera.

—Vas a ser uno de los presidentes del Consejo de Ministros más jóvenes de la historia republicana, después de Alva Castro, según me parece —le comenté.

—Sí, Pedro, pero yo quiero que me acompañes en el gabinete —me dijo, sorprendiéndome una vez más.

—Mira, Juan, ya tengo experiencia en esto. Me han propuesto anteriormente como ministro de Justicia y no se ha concretado —dije riendo con escepticismo.

—Es que no he pensado que seas ministro de Justicia —respondió—. Yo creo que tú serías un magnífico ministro del Interior.

Entonces, le expliqué que, si bien constituía un desafío político, no me sentiría cómodo al frente de esa cartera.

—Yo preferiría ser ministro de Justicia —insistí.

—Es que ya tengo a la persona para ese ministerio. Va a ser mi viceministra Eda Rivas.

—Ah, bueno, ni modo —le dije, pensando que los ofrecimientos habían terminado. Pero no fue así, Juan tenía otra carta para mostrar.

—¿Y Defensa? ¿Qué te parece?

—Defensa sí me interesaría.

Era un reto mucho mayor. Implicaba la relación con los militares, el contexto político del proceso ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya y las relaciones internacionales que, consecuentemente, había que construir, entre otros asuntos de fuste.

—Entonces, te voy a proponer como ministro de Defensa. Solo te pido que no lo comentes.

A los pocos días, sumergido en las urgencias del caso Chavín de Huántar, recibí una llamada de Juan Manuel Cartagena desde Madrid, médico forense español encargado de la elaboración del

informe pericial. «Doctor Cateriano, no me va a creer: acabo de encontrar una segunda bala en la radiografía de los restos óseos de NN14», me dijo refiriéndose al terrorista del MRTA Eduardo Cruz Sánchez, conocido como «camarada Tito». Y es que cuando el doctor Cartagena había venido a Lima se había tomado el trabajo de ir al hospital y pedir las radiografías originales, las cuales jamás habían sido revisadas por un médico forense, porque José Pablo Baraybar y Clyde Snow, autores del informe sobre dichos restos humanos en el 2001, eran, en realidad, antropólogos forenses. Entonces, aunque su noticia representaba todo un hallazgo, demostrarla implicaba una delicada labor de convencimiento, puesto que refutaba radicalmente una versión repetida durante años, según la cual el terrorista había sido ejecutado con un único balazo en la nuca. Para que tuviera la credibilidad necesaria, la corroboración debía provenir de una institución internacional, independiente y prestigiosa, que no generara ninguna suspicacia. Optamos entonces por buscar en Estados Unidos a un radiólogo de vasta experiencia e involucrar, al mismo tiempo, a una importante universidad de ese país. Cuando le conté la idea a Juan Jiménez, estuvo de acuerdo y me alentó a hacer las gestiones.

Recordé inmediatamente que mi prima Pilar Bellido estaba casada con el dentista estadounidense Karey Matthews, quien había estudiado en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Lo llamé y le pedí que me ayudara a ubicar a un radiólogo como el que estábamos buscando. Cuando me dio el dato y lo contacté, programé un viaje a Estados Unidos. La idea era que se hicieran los estudios radiológicos más confiables y modernos, conducentes a comprobar si existía o no esa segunda bala identificada por el doctor Cartagena. Hablé con el fiscal de la Nación e incluso coordiné con la fiscal suprema, Secilia Hinojoza, para que viajara conmigo y trasladara en custodia las radiografías originales, además de participar en la cita el radiólogo John Austin. Pero cuando ya estaba listo el viaje y en marcha la tramitación de la resolución suprema autoritativa, Juan Jiménez me dijo:

—Pero tú no te puedes ir de viaje.

—¿Cómo que no me puedo ir de viaje? Esto es urgentísimo para ganar el caso Chavín de Huántar —repliqué.

—¿No recuerdas que te he propuesto para ser ministro de Defensa? ¿Y si la juramentación es mañana? —me dijo.

Y la verdad que había estado dedicado a los descubrimientos forenses. De modo que no me quedó otro camino que cancelar mi viaje y designar a Alberto Villanueva como el encargado de llevar las radiografías junto con la fiscal suprema. Le indiqué que en el momento en que estuviera con el radiólogo norteamericano conectara su Skype para seguir en directo, desde mi computadora, el desarrollo de la cita. Pero ni bien llegó Alberto a Estados Unidos fue recibido por Karey Matthews, quien debía ponerlo en contacto con el radiólogo. Así que él pudo ver antes las radiografías y darme un adelanto. Si bien no era especialista, por su trabajo como odontólogo estaba acostumbrado a identificar metales en una placa. Así que él me dijo: «Pedro, es metal lo que ahí se ve. Yo creo que se trata de una bala».

Esa primera impresión fue corroborada por el radiólogo John Austin desde el Medical Center de la Universidad de Columbia, tal como lo vi a través del Skype. Ni bien puso las radiografías en la pantalla de luz, el especialista aseveró con absoluta certeza: «*It's a bullet*». Ello fue toda una conmoción en Lima. Más aún, cuando lo anunciamos en una conferencia de prensa convocada con carácter de urgencia el 19 de julio de 2012.

SÍ, JURO

Tres días después de aquella revelación, Juan Jiménez retomó el tema ministerial, siempre con su estilo perentorio: «Hoy a las tres de la tarde te espera el presidente en Palacio», me anunció. Pero antes de acudir a la cita, decidí volver a hablar con la rectora Wisotzki. Sin duda, la situación esta vez era diferente. Por fortuna,

tenía una excelente relación con ella y sus palabras no hicieron más que corroborarla. «Es un momento crítico para el país y se requiere una persona de sus calidades», me dijo. Coincidimos, además, en lo clave que era el tema de La Haya para el sector que estaba a punto de asumir. Sin embargo, le expliqué que en este tipo de menesteres nada era seguro hasta el último momento, pero no quería que se enterara por medio de la prensa. Y, ciertamente, debo reconocer que Ilse Wisotzki supo mantener la reserva que el caso ameritaba, pues nada trascendió.

Por mi parte, no dejaban de asaltarme nuevas dudas. Sabía que, de aceptar el cargo, no tendría respaldo en el Parlamento, que integraría un gobierno con un partido político dividido y que, desde el punto ideológico y programático, no tendría una coincidencia absoluta ni con el presidente Humala ni con el propio Juan Jiménez. Con Juan coincidía en la defensa del Estado de derecho y del orden constitucional, así como en la vigencia de los derechos humanos, pero no en materia económica. Sin duda, él no era un liberal convicto y confeso como yo. Viendo las cosas desde ese ángulo, parecía que me estaba metiendo en problemas. Pero, al mismo tiempo, equilibraba la balanza el hecho de que Juan fuera un hombre honesto y capaz, a quien podría manifestarle mis diferencias, si las hubiera, en un clima de absoluta confianza. Además, esta vez no sería viceministro, sino que tendría la posibilidad de ser el responsable político de un sector. Y creía, con toda sinceridad, que era imperativo evitar el fracaso del gobierno del presidente Humala, en especial, que se dejara de aplicar la «hoja de ruta» y que, bajo ningún pretexto, se volviera el tan cuestionado y temido plan de «La gran transformación», que acabaría convirtiendo al país en una réplica del régimen chavista. En ese sentido, consideraba que mi participación —con las limitaciones del caso— podía contribuir a que eso no sucediera. Por otra parte, habiendo intervenido de algún modo en la campaña de la segunda vuelta electoral, buscando evitar que ganara Keiko Fujimori, sentía la obligación

cívica de respaldar al gobierno que había nacido de esa elección. De modo que decidí asumir el reto y responder afirmativamente a la invitación.

Como suele suceder en los días previos a las Fiestas Patrias, se respiraba en el ambiente político la habitual expectativa de cambio ministerial, y en los medios se podía leer y escuchar la tradicional lotería de nombres. Esta vez yo no figuraba en ninguna cartilla de apuestas. Tan es así que, cuando los reporteros que merodeaban Palacio me vieron entrar, pensaron que iba a conversar sobre el caso Chavín de Huántar, que estaba en agenda gracias al hallazgo que acabábamos de hacer público.

Ni bien tomé asiento, el presidente Humala fue directamente al punto, una característica que más adelante llegaría a ser habitual para mí. «Ya sabes por qué te he convocado. Juan te ha propuesto para ser ministro de Defensa, y yo tengo confianza en ti. Bienvenido al equipo». Hablamos también de sus ideas centrales en torno al sector. Reconoció lo complejo de la coyuntura y la delicada situación de las Fuerzas Armadas, sobre todo si se tenía en cuenta la hipótesis de un escenario complicado con Chile. Habló de la labor que debía cumplirse en el frente externo con ese país, y en el interno en el Vraem⁵. «Yo he tomado la determinación política de hacer frente al terrorismo», recuerdo que precisó. Y, finalmente, al momento de despedirse, añadió: «Ya te avisaremos para la juramentación».

A la salida de Palacio tuve otra breve y curiosa conversación con Juan Jiménez. «Oye, por si acaso, no te compres el fajín. Mejor es que te lo regalen. Dicen que trae mala suerte que lo adquiriera uno mismo». No soy una persona supersticiosa, pero mis padres y hermanos me lo obsequiaron. Sin embargo, luego vi un reportaje de *ATV noticias* en el que, con no poca malicia, se decía que a Cateriano le habían obsequiado un fajín más barato que a Jiménez.

5 Sigla para la región geográfica comprendida por los valles de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro.

Y así, con buena suerte o sin ella, el tema del fajín tuvo sus minutos de televisión abierta.

En lo personal, tenía presente dos sensaciones aquel 23 de julio de 2012, día de la juramentación del gabinete Jiménez. La primera era de sorpresa por la enorme velocidad en que se desenvolvieron los hechos, al punto que había llegado a un sector para el que nunca fui voceado y que unos pocos meses atrás no consideraba ni siquiera posible arribar. La segunda era de simbolismo y satisfacción familiar: con mi nombramiento, el apellido retornaba a una cartera directamente relacionada con la defensa nacional, puesto que, en 1918, durante el segundo gobierno de José Pardo, mi tío bisabuelo el coronel EP Andrés Cateriano y Alcalá había sido ministro de Guerra, y previamente combatiente de la campaña del sur en la Guerra del Pacífico y vencedor de Tarapacá. Un honor que siempre mantendría presente durante mi gestión y que tuve la oportunidad de resaltar meses después, en el discurso que ofrecí en la propia Pampa de la Quinua, durante la ceremonia del Día del Ejército y aniversario de la batalla de Ayacucho.

BAUTISMO Y CONFIRMACIÓN

Al llegar al ministerio, encontré como viceministro de Políticas para la Defensa al contralmirante en retiro Mario Sánchez Debernardi, sobre el cual tenía muy buenas referencias y sabía que, además, conocía al presidente. También estaba como viceministro de Recursos para la Defensa el mayor general en retiro de la Fuerza Aérea Lizandro Maycock. Pero para este segundo viceministerio yo tenía la idea de convocar a una persona capaz, pero, fundamentalmente, de mi confianza, puesto que era consciente de que el manejo de los asuntos económicos y financieros constituía un tema crítico y sensible en el sector Defensa. Había pensado en el economista Jakke Valakivi, a quien había conocido en la Superintendencia de Banca y Seguros cuando, al inicio del

segundo gobierno de García, yo había asesorado al superintendente Juan José Marthans. En ese entonces, Valakivi se desempeñaba como asesor de la alta dirección. De modo que se lo planteé al presidente y me pidió unos días para sopesarlo. Pero antes de que me diera una respuesta, el diario *La República* difundió unas fotografías en las que el general Maycock aparecía en un bar con unos empresarios coreanos, lo cual, naturalmente, generó una crisis. Entonces, insistí con el presidente: «Quiero poner una persona de mi confianza». Y aceptó. No me equivoqué con Valakivi. Fue siempre un puntal en mi gestión. Como economista, era un profesional de sólida formación, además de haber acumulado una interesante experiencia tanto en el sector público como en el privado, lo cual representó siempre una gran ventaja para su labor.

Los militares, por su parte, no me recibieron afectuosamente. El 29 de julio apareció en el diario *La República* una entrevista que le concedí a la periodista Rosa María Palacios⁶. En ella destacué dos aspectos en los que todo ministro de Defensa de un gobierno democrático debe ser tajante: que las Fuerzas Armadas no son un poder deliberante y que deben estar subordinadas a la autoridad civil. Por esos días, en una reunión social, Luis Bedoya Reyes —fundador del Partido Popular Cristiano (PPC)— me dijo que, si bien estaba en lo correcto, había sido desafiante.

—No sé si les habrá gustado a los militares —me advirtió.

—Pero es lo que dice la Constitución —le recordé.

Entonces, cierto sector de la prensa afín a los militares en retiro me criticó con aspereza, empezó a pedir mi renuncia, a decir que era un incapaz, entre otros calificativos. A modo de respuesta, el mismo día de la juramentación de Jakke Valakivi, denuncié un complot en mi contra por parte de los exministros de Defensa y exembajadores del gobierno aprista Ántero Flores-Aráoz y Rafael

6 *La República* (29 de julio de 2012). «Pedro Cateriano: 'Tiene que haber una supervisión civil de la autoridad militar'». Recuperado de <https://larepublica.pe/politica/648593-pedro-cateriano-tiene-que-haber-una-supervision-civil-de-la-autoridad-militar>

Rey, dupla que en 1991, paradójicamente, había acusado a Alan García de supuesto enriquecimiento ilícito como parte de una comisión de la Cámara de Diputados.

Pero la verdad es que nada de eso fue un obstáculo en el siempre imprevisible Ministerio de Defensa. El «bautizo», como acaso debe ser, ocurrió el primer día en que entré al despacho ministerial. La secretaria me esperó con la noticia de que al canciller Rafael Roncagliolo le urgía hablar conmigo. Y el canciller, a su vez, removió cualquier atisbo de aclimatación sosegada: «Hay una situación grave en Chile. Han hundido una embarcación peruana en Arica», me anunció. E inmediatamente pensé: «¡Qué manera más turbulenta de empezar!». Pero no hubo más tiempo para pensar. Inmediatamente recibí la llamada de los congresistas por Tacna del partido de gobierno, luego el diario *Perú21* sacó una nota escandalosa en su edición digital cuyo título decía que los chilenos habían hundido una embarcación nacional. La crisis estaba instalada, por lo menos mediáticamente, y había que actuar con celeridad.

Contacté al almirante Carlos Tejada y le pedí información. Felizmente esta no tardó en llegar y disipó la emergencia. Se trataba de una embarcación que estaba transportando marihuana y no había sido detenida ilegalmente, sino como consecuencia de la lucha contra el narcotráfico. Me volvió el alma al cuerpo. Llamé al canciller Roncagliolo, a los parlamentarios; di explicaciones por doquier y entré, sin la menor dosis de anestesia, en la vorágine ministerial.

Y si el bautismo ocurrió el primer día, la confirmación sucedió en el curso de la primera semana. En escasos cuatro días se vencía el plazo para que el Estado peruano decidiera aceptar o rechazar dos aviones de Estados Unidos, los cuales vendrían en calidad de donación, pero a través de un *overhaul* ('mantenimiento') en ese país. Yo no había leído el expediente y en pocos días debía tomar una determinación supuestamente documentada. Por supuesto, recibí llamadas de parlamentarios que hablaban pestes y afirmaban que el gobierno del presidente Humala quería comprar aviones

chatarra. Además, la Fuerza Aérea había sido contradictoria en sus opiniones técnicas. Y la prensa, por si algo faltaba, criticaba abiertamente la adquisición. Entonces, decidí llamar a la embajadora de Estados Unidos, Rose Likins, y solicitar una prórroga. Pero no me la pudo dar. Así que tomé la determinación de no aceptar la donación, basado fundamentalmente en lo que me había podido empapar en los pocos días que llevaba en el cargo. Previamente, había hablado con el presidente y me había reunido una y otra vez con los generales de la FAP, sorteando los ataques parlamentarios y las críticas ácidas de cierta prensa. Pero el hecho sirvió para confirmar una convicción inicial: el tema más delicado y sensible sería el de las compras. Y en eso debía mostrar determinación y firmeza. Pero había aprendido una cosa más: la adrenalina sería el pulso natural del día a día en el ministerio.